

Cristo como vida y realidad para la edificación de la morada de Dios en amor

VIIa. Permaneced en mi amor

(Juan 15:9-17)

Permanecer en Él, en Su Palabra y en Su amor

(Jn. 15:7-10)

En Juan 15 vemos que el anhelo del Señor es que permanezcamos en Él. Una y otra vez nos dice: “**Permaneced en mí**”. Lo dice 7 veces. Primero me pregunte: ¿cómo puedo permanecer en Él? ¿Qué tengo yo que hacer? Pero lo único que tengo que hacer es permanecer en Él. Que el Señor nos dé una clara revelación de cómo tenemos que permanecer en Él. Con todo, Juan sí que da algunas indicaciones, aunque están algo ocultas.

Leamos algunos versículos en Juan 15: “*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho*” (v. 7). Tenemos que vivir dejando que la Palabra permanezca en nosotros. El Señor habla, me habla a mí, y yo tomo esa palabra y la leo como la Palabra de Dios. Esa palabra tiene fuerza y poder. La Palabra de Dios es una realidad y la podemos poner a prueba. Aquí el Señor nos muestra algo muy claro: si permanecemos en Él podemos pedir lo que queramos y nos será hecho. Aprenderlo de memoria no es suficiente. Necesitamos tocar real e íntimamente al Señor a través de Su Palabra, entender y conocer qué es lo que ha dicho y por qué lo ha dicho, en qué dirección nos quiere llevar; así será hecho. Si nosotros oramos de acuerdo a Su voluntad esto será hecho.

Permanecer en el Señor, en primer lugar, es **permanecer en Su Palabra**. Pero no se trata simplemente de memorizar las Escrituras sino de tocar al Señor en ellas. Este es el primer paso: amar Su Palabra y tocar la realidad que está detrás de ella. Es maravilloso lo que el Señor nos ha mostrado y debemos practicarlo. Leamos la Palabra en oración y oremos con ella. Esto nos vivificará. La Palabra nos da vida. Hace poco escuché a un predicador católico. Él les recomendaba a los creyentes no solo leer la Palabra sino orar

a Dios con ella. Y tenía muchos seguidores. En muy pocos años había alcanzado unos 7000 seguidores. No quiero enfatizar los números. Pero, sí que tengamos cuidado, no vaya a ser que algunos nos vayan a “adelantar por la derecha”. Si nosotros no practicamos la palabra que hace décadas estamos escuchando, entonces el Señor va a levantar a otros que practiquen estas palabras. No me refiero a un método sino a tocar la realidad del Señor en la Palabra.

En el versículo 9 vemos otro punto: “*Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor*” (v. 9). Como hemos indicado, hasta siete veces dice el Señor: “Permaneced en mí”, y tres veces dice: “**Permaneced en mi amor**” (vv. 9, 10).

Permanecer en Su mandamiento: Que os améis unos a otros

En el versículo 17 dice: “*Esto os mando: Que os améis unos a otros*”. Me sorprendió mucho que el Señor hablara aquí de los mandamientos. ¿Cómo puede el Señor darnos el mandamiento de amar? ¿Cómo puede darles este mandamiento a personas que por naturaleza no aman? Pero el Señor no nos pide a nosotros algo que desde el principio no nos haya dado. El Señor primero da: Él nos planta en la vid, y luego dice: “Permaneced en la vid”. De igual manera, Él nos da Su amor, el cual ha derramado en nuestro amor por el Espíritu que nos ha dado. Ya está en nosotros. Y cuando dice: “*Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado*” (v. 12), lo que está haciendo es despertar ese amor de Dios en nosotros. Simplemente Deja fluir ese amor. Llénate con el amor de Dios. Toca el amor de Dios. Hermanos, qué experiencia puede ser más bonita, mejor y más hermosa que tocar el amor del Señor. En épocas de gran necesidad yo le abrí mi corazón al Señor y clamé a Él y Él me llenó con Su amor. ¿No has tocado también tú el amor del Señor? ¿No es esta una experiencia que sobrepasa a cualquier otra? En Efesios 3 nos dice que el amor de Cristo sobrepasa todo entendimiento. ¿Qué haces cuando tocas el amor de Dios? No puedes hacer otra cosa que decir: “Señor, Tú eres maravilloso. Te amo”. Mi respuesta a Su amor es amarle. Y no sólo disfruto del amor de Dios para mí, sino que también le devuelvo ese amor al Señor. Dios está esperando a que le abramos nuestro corazón y le amemos. Tú puedes amar. Todos los que hemos recibido el Espíritu Santo podemos amar.

Esta es la mayor experiencia que podemos tener. Si tocas al Señor tocas Su amor. Y le podemos decir: “Señor, Te amo”. A pesar de que sea sólo una pequeña parte de Su amor, dile: “Señor, Te amo”. El Señor espera como un Padre amoroso la respuesta de amor de Sus hijos. Qué es más hermoso para

un padre que experimentar el amor y el aprecio de sus hijos. Qué puede ser más hermoso para nuestro Padre que nosotros no son individualmente sino como iglesia le demos nuestro amor a Él. Despertemos nuestro amor por el Señor. Renovemos nuestro amor por Él. El Señor nos ama.

En el versículo 9 dice: *“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor”*. Hay muchos ejemplos en las Escrituras que muestran el amor que el Padre tiene por el Hijo. En Mateo, por ejemplo, el Padre dice: *“Este es mi hijo amado”* (Mt. 3:17; 17:5). ¿Y de dónde viene que el Padre ame tanto al Hijo? En primer lugar porque es Su Hijo. En segundo lugar porque Él guarda siempre todos Sus mandamientos y hace todo lo que el Padre dice. ¿No es esta una relación maravillosa? El Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre, y hace todo lo que Él dice. De igual modo, también nosotros somos amados del Padre cuando escuchamos Su voz y hacemos lo que Él dice. No se trata de guardar los mandamientos que conocemos, el primer mandamiento, el segundo, el tercero, etc., sino de escucharle. Tampoco quiero decir que los Diez Mandamientos sean ahora cosa del pasado. Siguen siendo válidos pero debemos ser sensibles a la voluntad de Dios, y esto va más allá de cumplir los diez mandamientos. *“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor”* (v. 10). Este permanecer en el Señor y guardar Sus mandamientos es un requisito para tener ese amor. El no guardar los mandamientos significa desobediencia. Si soy desobediente, es decir, estoy en mi ego o en mi carne, ¿cómo puedo, entonces, abrirme al amor de Dios? Yo realmente necesito guardar Sus mandamientos para poder amar. Pero no olvidemos que esto solo es posible si permanecer en Él.

El hablar del Señor y nuestro gozo cumplido

Los versículos del 1 al 8, en primer lugar, nos hablan de permanecer en Él y así llevar mucho fruto; después, el Señor habla de guardar Sus mandamientos y de amar a los hermanos, incluso nos habla del gozo. En el versículo 11 nos dice que cuando el Señor nos habla hay gozo en nosotros: *“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido”* (v. 11). Esto es maravilloso. ¿Has tenido un gozo cumplido, completo? Cuando el Señor te habla, este es un gozo completo. Tenemos un concepto equivocado sobre el gozo completo. El gozo completo es cuando el Señor nos habla. Cuando tenemos comunión con el Señor tenemos gozo. Quizás no sea un gozo tan grande exteriormente pero es un gozo interno.

En Juan capítulo 14 el Señor dijo: *“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”* (v. 27). El Señor nos da Su paz, y cuando Su paz viene, hay una paz perfecta. Para el Señor, perfecto o completo es cuando Su propósito se cumple a través de nosotros. ¿Cómo puede ser nuestro amor completo? ¿Cómo es perfeccionado el amor? Nosotros siempre tenemos esa idea que viene de nuestro perfeccionismo. Leamos primera de Juan 4: *“Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros”* (v. 12), y *“En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo”* (v. 17). ¿Cómo es perfeccionado el amor en nosotros? Cuando nos amamos los unos a los otros. Deja que el amor del Señor fluya de ti hacia los otros. Independientemente de las personas, el Señor amó a todos, y principalmente a Sus hijos. Nosotros amamos a todos los creyentes. Especialmente a los hermanos en la iglesia. A pesar de que los veamos siempre igual o se sigan expresando como antes. A veces es un poco difícil y necesitamos un poco de “esfuerzo” para amar, pero tomémosnos ese esfuerzo. No quiero decir con esto que ahora tengamos que estar siempre abrazándonos unos a otros de manera fraternal, lo más importante es el corazón, nuestro corazón por los hermanos, por la iglesia. En la iglesia tiene que haber una atmósfera llena de amor de unos hermanos por otros. Esto perfecciona el amor en nosotros. Y esto sucede porque tenemos la Palabra en nosotros. Espero que una y otra vez obedezcamos esta palabra: que nos amemos los unos a los otros con el amor que ya tenemos en nosotros mismos, con el amor que Dios tiene para nosotros y en nosotros.

El mayor amor – Poner la vida por los amigos

El Señor dijo: *“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos”* (v. 13). Nosotros, muchas veces, también tenemos la oportunidad de amar así, dejando algo de nosotros mismos. Quizás alguien te ofendió y creció dentro de ti algo de amargura, y tal vez empezó a desarrollarse algo de odio en tu corazón. ¿Qué puedo hacer? El Señor dice que aquel que ama más su vida del alma que a Él no es digno de Él. El Señor incluso dice que el que no aborrece su vida del alma no es digno de Él y no puede ser Su discípulo. Hay situaciones en las que nosotros tenemos que aborrecer nuestro propio yo. Esto no significa que estemos constantemente luchando contra nosotros mismos. El camino que el Señor nos da siempre es de regreso a la vida, y es ahí donde tenemos la savia y el suministro. Ahí recibimos la vida y podemos vencer. La fuerza para vencer está en la vida.

Estos son Sus mandamientos, y el mayor mandamiento es que lo amemos a Él. Que lo amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas,... y amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Una atmósfera así quiere el Señor crear entre nosotros. Pero quiero repetir que no se trata de un comportamiento sino de la vida que tenemos dentro de nosotros. Esta vida tiene un fruto, y este fruto, en primer lugar, es amor. No se trata de muchos frutos sino de un solo fruto. Alguien dijo que solo se trata de un fruto, el amor, y todo lo demás son atributos del amor. Pero quiero decir también que este fruto es una persona. Y esa persona es amor, es el verdadero gozo y la paz verdadera. Estos tres los tenemos aquí. Este es el fruto verdadero. Esto es lo que el Señor está buscando: que Su naturaleza se forje en nosotros, y que nos haga personas satisfechas por completo. La iglesia que el Señor espera es una iglesia en amor. Cada uno de nosotros tiene que decirle personalmente: “Señor, Jesús, Te amo”; y todos juntos podemos también decirle: “Señor, Te amamos”. Esto alegra el Señor.

GR